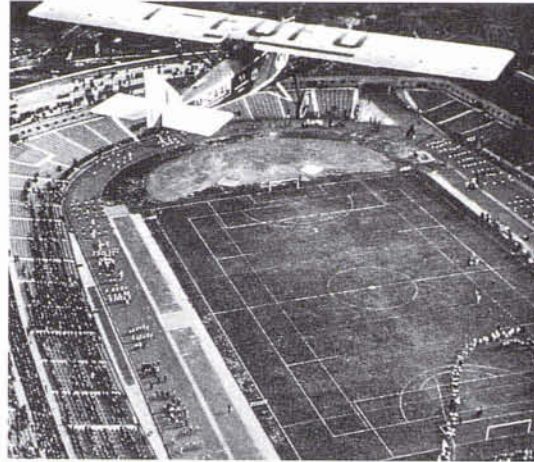


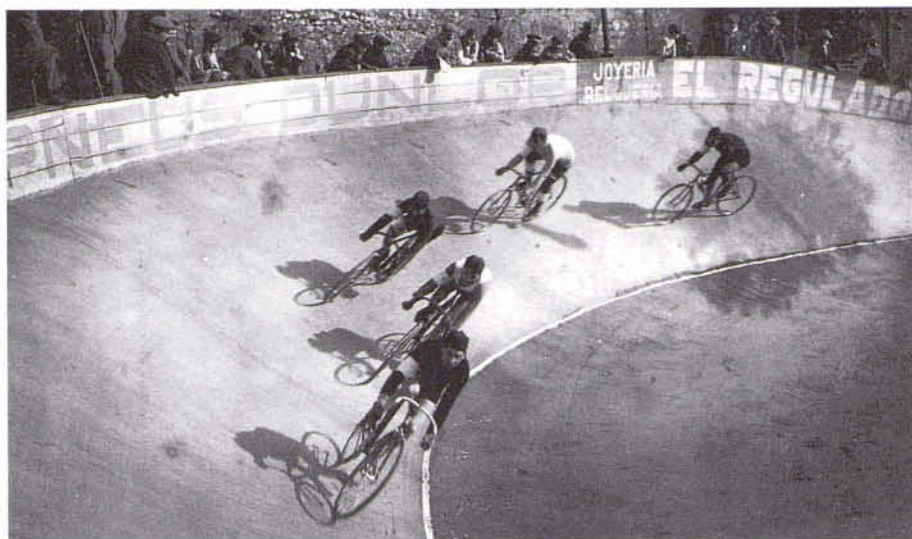
# UN SIGLO Y MEDIO DE BARCELONA DEPORTIVA



LA CELEBRACIÓN DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS DE 1992 EN BARCELONA REPRESENTA EL FINAL DE UNA LARGA ETAPA DE ESFUERZO CONSTANTE Y DIFÍCIL.



ANDREU MERCÉ VARELA PERIODISTA



© CENTRE EXCURSIONISTA DE CATALUNYA

**U**na ciudad como Barcelona, abierta al Mediterráneo, permeable a todas las civilizaciones de la vieja Europa y con una fértil imaginación latina, forzosamente debía sentir la llamada del deporte y, después, la del Olimpismo. Los pueblos que dominaron el mundo de la antigüedad, fenicios, griegos, romanos, germánicos, árabes, francos y otros que dejaron su huella en las distintas civilizaciones que señorearon el Occidente de los inicios de la era cristiana, pasaron por Cataluña en el momento álgido de la historia de cada uno de ellos. Y todos, a su paso, marcaron nuestro país con los beneficios y descabros que todas las invasiones comportan.

Por fortuna, los griegos dejaron en la costa catalana su concepto deportivo de la educación ciudadana, que transformó la mentalidad folklórica y emuladora de los juegos ibéricos que presidía las celebraciones deportivas de los habitantes de la Cataluña anterior a nuestra era. En Empuries se construyó el primer estadio de la península, el primer gimnasio y la primera palestra donde lucharon los patricios y los invasores. Es muy probable que la tradición de esta celebración cuatrienal en Olimpia fuera conocida en la colonia griega de Empuries.

La invasión romana aportó, también, a nuestra costa el concepto de la competición deportiva. Encontramos pruebas de ello en los motivos decorativos de diversas piezas de cerámica y, sobre todo, en el espléndido mosaico que puede verse en el Museo Arqueológico de Barcelona y que representa una carrera de cuádrigas en un escenario barcelonés.

Cuando se concretó, en el siglo pasado, el moderno concepto del deporte, Barcelona, y en cierto modo todo nuestro país, lo comprendieron fácilmente. Atrás quedaban, como hechos aislados, las competiciones deportivas caballerescas. Tenemos un ejemplo de este tipo de manifestación medieval del deporte en la segunda parte de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", donde Miguel de Cervantes relata un duelo entre su héroe y el "Caballero de la Negra Luna" en una playa barcelonesa que podría ser la del Somorrostro.

A mediados del siglo pasado, cuando los ingleses reglamentaron el fútbol, el boxeo, las regatas, el atletismo y otros deportes, pronto llegaron a Barcelona, Terrassa, Tarragona y otras ciudades catalanas los deportes hípicas, el tenis, el fútbol, la vela, el remo y otras disciplinas envueltas ya en una reglamentación deportiva netamente británica; mientras la gimnasia tenía, para nosotros, un origen germánico, la esgrima y el ciclismo nos llegaban de Francia y las demás disciplinas eran importadas por los catalanes viajeros, comerciantes y estudiantes.

Las primera ediciones de los Juegos Olímpicos (1896-1912) encontraron ya en Cataluña un terreno preparado. Algunos diarios barceloneses —*La Vanguardia*, por ejemplo— publicaron informaciones de los Juegos de Atenas, 1896, y los de París, en 1900, tuvieron ya una mayor resonancia en los rotativos. Lo cierto es que en los Juegos de Londres, 1908, y los de Estocolmo, 1912, algunos barceloneses fueron ya a vivir de cerca el inigualable encanto de la cita cuatrienal.

En Barcelona, los deportistas siguieron apasionadamente aquellos primeros Juegos. Y cuando Picornell, Witty, Gamper, Vila, Elias y otros pensaban ya en los Juegos de 1916, estalló la guerra mundial de 1914-18 y aquel paréntesis aplazó todas las ilusiones. Pero la simiente no había caído en baldío y se prepara esmeradamente la participación en los Juegos Olímpicos de Amberes, que se celebraron en 1920. El núcleo del equipo español estaba formado por futbolistas y nadadores. La natación tuvo una representación casi exclusivamente catalana, ya que la posibilidad de participación había nacido en la playa de la Barceloneta, en el Club Natación Barcelona, que proporcionó los waterpolistas base del equipo. Por lo que se refiere al fútbol, había arraigado ya entre nosotros de un modo popular y multitudinario, y surgían nombres que iban a dejar una huella permanente en la historia de nuestro deporte, como Josep Samitier y Ricard Zamora.

Cuando los olímpicos de 1920 volvieron a Barcelona, el entusiasmo por los Juegos fue como una mancha de aceite y se solicitó, con una candidatura sólida y bien argumentada, la organización de los Juegos de 1924, contando con la piscina de la escollera (Club Natación Barcelona 1923), el estadio de la Fuxarda, el campo de Les Corts y la decisión del Ayuntamiento de Barcelona y del Gobierno de la Mancomunitat de dar apoyo a los Juegos. La candidatura de París —ciudad natal del barón de Coubertin— y el interés que tenía éste por borrar la mala imagen que dejaron los Juegos Olímpicos de París en 1900, tuvieron más fuerza que la propo-



© CENTRE EXCURSIONISTA DE CATALUNYA

sición barcelonesa, que había gozado de mayor resonancia en la prensa y en la ciudad.

La decepción de 1924 no desanimó a los barceloneses que, espoleados por la Exposición Internacional de 1929, consiguieron la construcción de un estadio, en Montjuïc, que iluminó el mundo deportivo. La piscina de 50 metros fue la primera de medidas olímpicas que se construyó en España, y la única hasta los años sesenta. También en Montjuïc, se construyeron pistas para baloncesto (deporte que comenzó a ser olímpico en 1936) y balomnano, mientras los campos de Les Corts y Sarrià completaban el equipamiento deportivo de la ciudad. Barcelona aspiraba a los Juegos Olímpicos de 1936 y la decisión respecto a la ciudad sede tenía que tomarse en 1931. Se consiguió que la Sesión del Comité Olímpico Internacional de aquel año se celebrara en Barcelona, con el fin de que los miembros votantes cono-

cieran la ciudad, sus instalaciones deportivas y su ambiente.

Pero ocho días antes de aquella Sesión, el 14 de abril de 1931, se proclamó la República española y, en algunas ciudades, fueron quemadas iglesias, produciéndose tumultos que tuvieron resonancia en el extranjero. Muchos de los miembros del Comité no fueron a Barcelona y en la Sesión no hubo el *quorum* indispensable para tomar decisiones. Esto supuso un golpe decisivo para las aspiraciones olímpicas barceloneses. Se solicitó un singular voto postal que, condicionado por los acontecimientos políticos, dio a la ciudad de Berlín los Juegos de 1936.

La vanguardia del deporte barcelonés de aquella época interpretó el fracaso de 1931 como un estímulo más y presentó, de nuevo, la candidatura de Barcelona para 1940. Entre otras ciudades que también deseaban ser sede olímpica estaban las de Tokio y Helsinki. La decisión debía

tomarse en Berlín, en la Sesión del C.O.I. que prolongaba los Juegos de 1936. Un impedimento de orden político —la Guerra Civil española— hizo imposible, de nuevo, que los representantes de Barcelona: el miembro español del C.O.I., barón del Güell; el alcalde, Carles Pi-Suñer; el presidente del Comité Olímpico Español, Dr. August Pi-Suñer y los directivos Mesalles Estivill, Santiago García Alsina, Ricard Cabot y otras personalidades, fueran a Berlín para dar apoyo institucional a la candidatura de Barcelona. Se designó la ciudad de Tokio, pero ésta no pudo organizarlos porque estaba en guerra con la China y, en 1938, los Juegos fueron atribuidos a Helsinki. Esta ciudad también tuvo que renunciar, debido a la guerra con la URSS, y aquella edición de los Juegos no pudo celebrarse.

Con la revitalización del deporte catalán, después de la guerra, la vocación olímpica de Barcelona no fue olvidada. En



1951 se obtuvo la nominación para la organización de los II Juegos Mediterráneos y, en 1955, la Ciudad Condal vivió el mayor acontecimiento deportivo de su historia. En el acto de clausura, el vicepresidente del C.O.I., Armand Massard, afirmó en su discurso que "Barcelona, a partir de ahora, merece organizar unos Juegos Olímpicos". Una afirmación tan rotunda espolea al equipo encabezado por Joan Antoni Samaranch y el sueño empezó a tomar cuerpo. El Ayuntamiento de la época no se mostró demasiado partidario de aceptar el reto de organizar un acontecimiento tan importante, pero se hizo un estudio bastante formal y meticuloso hasta obtener luz verde y llevar adelante la candidatura para el año 1972. La decisión tenía que tomarse en Roma, en 1966, y las candidaturas debían ser formalizadas en Lausanne, antes del 31 de diciembre de 1965. Pero en esa fecha, mientras Samaranch y su equipo se encontraban en

Sydney, el Comité Olímpico Español, la única autoridad facultada para dar apoyo a la petición de una ciudad del país, formalizó una candidatura híbrida, Madrid-Barcelona, que tenía la capital española como sede olímpica mientras Barcelona quedaba reservada para las pruebas acuáticas —remo, vela, natación, waterpolo, y saltos—. El C.O.I. no lo aceptó y se eligió Munich para los Juegos de 1972. La tenacidad de los promotores de la candidatura de Barcelona no decayó. Desde 1978 se trabajó para postular los Juegos de 1992. La rotación continental (Europa, América y Asia) establecía que, después de Moscú, 1980, la opción europea era para 1992. El Ayuntamiento de Barcelona y su alcalde, Narcís Serra, lo asumieron muy claramente y la Generalitat apoyó la iniciativa desde el primer momento. También las federaciones deportivas y el Comité Olímpico Español lo apoyaban. La tarea fue llevada a cabo de

manera amplia y eficaz. Se trabajó por grupos y se consiguió que, en octubre de 1986, los 80 miembros del C.O.I. votaran la ciudad catalana en la tercera vuelta, delante de las ciudades de París, Belgrado, Amsterdam y Brisbane. El alcalde Maragall, el presidente Pujol, el jefe del gobierno español González, el consejero delegado Abad y todas las autoridades y sectores catalanes sin excepción estaban en Lausanne, aquel 17 de octubre de 1986, para vivir uno de los días más halagüeños para la Ciudad Condal. En Barcelona, en Cataluña y también en el resto del Estado, se celebró como nunca una fecha tan señalada para nuestro país. Ahora, la tarea de llevarlo a cabo es de todos. De los técnicos, los deportistas, la prensa, los organizadores... pero, esencialmente, del pueblo de nuestro país que consciente, de lo que significan los Juegos Olímpicos, dará su entusiasta apoyo. Sin él, los Juegos Olímpicos no tendrían sentido. ●